



Anecdotalario de Canencia de la Sierra



Unión Europea
Fondo Europeo Agrícola
de Desarrollo Rural
Europa invierte en las zonas rurales



Comunidad
de Madrid

Cualquier reproducción total o parcial de este documento debe citar la fuente.

Este anecdotario terminó de imprimirse en julio de 2016.

El patrimonio cultural oral e inmaterial de una comunidad está formado por el conjunto de creaciones basadas en sus tradiciones, y refleja su identidad cultural y social.

Entre las muchas formas de este patrimonio se encuentran la lengua, la literatura, la música y la danza, los juegos y los deportes, las tradiciones culinarias, los rituales y mitologías, los saberes y usos relacionados con el universo, los conocimientos técnicos de la artesanía, y un largo etcétera. Al ser inmaterial es un patrimonio frágil, pero también es potente y rico, y ayuda a las personas a identificarnos en el contexto actual en el que vivimos.

La UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) alienta a las comunidades a identificar, documentar, proteger, divulgar y revitalizar ese patrimonio.

Desde la Mesa Municipal “Canencia+Activa”, dinamizada por la Mancomunidad de Servicios Sociales Sierra Norte, participamos diferentes instituciones desde el año 2009. En esta mesa nos hemos dado cita vecinas de la Asociación de Mayores de Canencia, de la Asociación de Mujeres Montealegre, de la Asociación La Cachiporrilla, de la Hermandad de Santa María del Castillo, educadores del Centro de educación ambiental El Cuadrón, la trabajadora social de la Mancomunidad de Servicios Sociales Sierra Norte, así como la Alcaldesa y la agente de desarrollo local del Ayuntamiento de Canencia.

En lo referente al patrimonio cultural, las distintas instituciones coincidimos en nuestro deseo de protegerlo, divulgarlo y revitalizarlo. Por ello, durante los años 2014, 2015 y 2016, se ha entrevistado con grabadora de voz y cámara de vídeo a vecinos de Canencia, con la idea de recoger anécdotas ocurridas a sus gentes a lo largo de los tiempos, leyendas y sucesos históricos que se conocen y desconocen del pueblo, ya que entendemos que forman parte de su valioso patrimonio cultural oral.

Los protagonistas de este anecdotario son Esteban Fernanz (92 años), Isabel Fernanz (73 años), Faustina Jiménez del Triunfo (72 años), Modesta San Juan (81 años), Antonio Martín (91 años), Justa Domingo (84 años), Adolfo Moreno (53 años), Gloria Moreno (81 años), Pedro Matesanz (86 años), Eduardo Moreno (79 años) y José Fernández (80 años).

A estas personas agradecemos su tiempo, participación y amabilidad. Sus recuerdos constituyen para nosotros parte de un patrimonio de incalculable valor, el cual atesoramos en un Banco de Saberes Populares. Invitamos a quien quiera enriquecerlo a aportar información relacionada con lo que aquí se cuenta. Será sin duda bienvenida.

Las anécdotas, enriquecidas por todos, se han re-dactado de manera impersonal, ya que entendemos que es el saber colectivo el que da verdadera forma a cada historia. No es fácil sacar los recuerdos del fondo de la memoria, tan numerosos y alejados en el tiempo. Sirva este anecdotario para traerlos de nuevo al presente, rescatarlos del olvido y disfrutarlos.

Canencia, 20 de julio de 2016.

ÍNDICE

<i>La plaza y las fiestas del pueblo</i>	9
<i>El colegio</i>	19
<i>La comunión</i>	24
<i>El Cristo de Canencia</i>	25
<i>Irse de renta</i>	26
<i>La piedra de llover</i>	31
<i>El baño en el río</i>	32
<i>Otras picardías</i>	35
<i>Juegos de niños</i>	37
<i>Cuentos</i>	43
<i>Una broma pesada</i>	44
<i>Anécdotas con animales</i>	45
<i>A lomos de un caballo</i>	45
<i>Burros y burras</i>	45
<i>Las vacas</i>	49
<i>Las ovejas</i>	50
<i>El perro Espinete</i>	50
<i>El lobo</i>	51
<i>Las cabras y el toro</i>	52
<i>La culebra</i>	53
<i>El cante y el baile</i>	54
<i>El trabajo</i>	55
<i>Momentos felices</i>	61
<i>La nieve</i>	64
<i>Historia del avión caído</i>	65

La plaza y las fiestas del pueblo

- Como estaba la plaza en el año 36 era con una valla de piedra, que tendría dos metros de alta. Era también la plaza de los toros. Se hacían barrancos y se clavaban unos palos, cuatro o cinco palos. Luego, dentro de la valla de piedra, se metían los carros: cuarenta, sesenta o incluso cien carros de bueyes. Abajo de las ruedas de los carros se ponía un palo, todo alrededor, por si los toros metían los cuernos.



Anecdotario de Canencia

~ Los chicos del pueblo, una semana antes, ya traíamos los carros. No hacía falta que los trajese el dueño, los chicos nos encargábamos de traer los carros a la plaza.



El carro del señor que nos parecía que era un poquito más delicado, se ponía donde más matraca se le daba: a lo mejor en un portillo para entrar. Los otros se engan- chaban con el cadenillo, que había muchos que tenían cadenillo.

~ Arriba de los carros, nos poníamos la gente, para ver lo que iba a pasar dentro de la plaza. Algunos carros no llevaban solera. La solera eran las tablas de los carros, para que no se colara para abajo lo que echabas en ellos. Las chicas llevaban faldas, y los chicos no llevaban

más que “la vista”. Las chicas que se colocaban en los carros que no llevaban solera, se les veían las bragas.

Los chicos se ponían debajo de los carros sin solera para mirarles las piernas, a ver si veían algo. Hay fotos de los mozos sentados con los carros.

Entonces no se veían las piernas a las chicas como ahora. Entonces veías la rodilla de una mujer, y ¡mandaba leches!

~ Y, ¿eso lo sabían las chicas? ¡Anda que si lo sabían!



Pero si (ellas) querían ver los toros, andaban con anticipación y se iban a los carros que tenían solera, y allí ya no se veía nada. Una vez, los chicos cogieron moscas y las metieron en una caja. Cuando estaban debajo del carro, se las soltaron a las chicas.

Anecdotario de Canencia

~ ¿Qué pasaba dentro de la plaza? Los toros, el baile, los músicos... También había baile público cuando acababan los toros, como se sigue haciendo en algunos sitios, para todo el que quisiera bailar. Se agarraba uno, y como se solía decir: “*Agárrate, que vamos juntos*”.



Bailábamos hasta la coronilla. Yo he bailado en la plaza hasta que he tenido ya cuarenta años. Porque luego vino el problema: hicieron el ayuntamiento, y ya la plaza se quedaba pequeña. Al quedarse pequeña, hubo que irse a hacerlo a allí arriba. Luego, la plaza del ayuntamiento también se quedaba pequeña para la plaza de toros portátil, y entonces

ya se sacó a las afueras.

~ También estaba el baile, la feria de ganado... Antes de la guerra el pueblo estaba a oscuras. Nos alumbrábamos con candiles... ¡que no se sabía con quién bailabas!

~ En una fiesta vine con mi marido a los toros, cuando ya no ponían los carros, ponían hierros y maderos. Yo vine con mis zapatos de tacón, que me hacían un da-

ño... Me quité el zapato, le solté, y al rato “¿dónde está mi zapato, donde está mi zapato?”... Mi zapato luego lo tenían aquí en el ayuntamiento y lo dijeron por el altavoz, que el que hubiera perdido un zapato... No le perdí, se cayó y lo cogieron, pero tuve que ir a casa descalza. Vivía cerca, pero tuve que ir a la pata coja.

- Hay un sitio que se llama las Peñas del Encino. Es un sitio que se ve desde abajo como una montaña pequeña, y tiene encima como un llano. Íbamos muchas veces a jugar allí de chavalas. En las fiestas traían los toros con los cabestros desde donde fuera. No en coche, como ahora. Venían los vaqueros con los caballos, y ahí, en ese llanito, dejaban a los toros con los cabestros a dormir. Los vaqueros se venían a dormir al pueblo. No te creas que madrugaban mucho por la mañana para ir... Y no eran mayores, eran más bien jóvenes. Traían a los toros desde allí, por la carretera, sin cerrar ni nada. Todo abierto, hasta la plaza, rodeada de carros. A lo mejor les quitaban las tablas a los carros para que no se rompieran. Eran toros bravos. Una vez me acuerdo que alguno se escapó, pero bueno, no pasó nada, le metieron en la plaza. Pero es que los traían como está ahora la carretera, nada más que entonces estaba de tierra... Y claro, por todas esas calles, algunas veces había hasta alguna señora cosiendo en la puerta de casa. Yo no sé cómo no pasó nada en aquellos años.

- Después cambiaron a otro camino que ya no pasaba por el centro del pueblo. Pasaban por otro sitio y cerra-

Anecdotario de Canencia

ban ese trozo del pueblo. Corrían los mozos delante de los toros. A un hijo mío le gustaba mucho correr delante de los toros.

~ Los toros descansaban hasta ser toreados en unos toriles que había entre el ayuntamiento y la plaza, en esa calle que baja para abajo. Ahí estaban los chiqueros, y de ahí salían.

~ Una vez un chico se metió en un corral y luego dentro de la casa, para refugiarse. El toro se fue detrás, incluso dentro de la casa. Ese corral no tenía salida y entonces estaba sin cerrar.

~ Una noche estábamos bailando en la plaza y soltaron un toro. ¡No veas la que se lió! Pero gracias a Dios, no pasó nada.

~ Un año compramos un toro. Lo toreábamos nosotros y luego hacíamos una comida para todos.

~ La foto de los chicos de fiesta es muy buena. La hizo



un chico que no sé si sigue aquí en Canencia, un quinto nuestro. Si nos hizo la foto, no sale en la imagen. Fue el año que no hubo toros. Los mozos se juntaron por la noche, prepararon los *cencerratos* y los burros, y por la mañana pronto salieron con ellos corriendo por todo el pueblo. Además pusieron un cartel con todo lo que les dio la gana sobre los cabestros, a quienes echaban la culpa de que no había habido toros... ¡Bromas de los pueblos!

- Este de la guitarra, la tocaba muy bien. Pero no la tocaba en plan "*ran ran ran*"... Éste tocaba piezas. Tenía laúd y tenía bandurria. La bandurria la pillaba y las hacía bailar. Cantaba las canciones según eran. Luego estaba yo, que en cuanto daba un golpe malo, decía "*¡no, esto es así!*", y se volvía para atrás, porque yo para los cantares tenía muy buena cabeza. Canción que oía dos veces, no me hacía falta más. Y poesía, yo poesía.

- Se corrían los gallos ahí en la plaza. Se ponía una sog



Anecdotario de Canencia

enganchada aquí en el ayuntamiento, hasta aquel balcón, con dos sogas, porque era una distancia muy larga y ahí se venía con los burros con unas varas *p'allá y p'acá*, y a matar las gallinas...

~ Entonces en las fiestas había mucha alegría... Nos conocemos todos... Unos se marchaban si podían, otros se quedaban. Venían forasteros y se iban. Nosotras lo pasábamos muy bien. La que tenía ganas de divertirse, se divertía. Las cosas como son. Sin embargo ya con la edad, dejas de lado la fiesta.

~ Los chicos por la noche se quedaban guardando la era, porque estaban allí los burros y las yeguas sueltas. Se quedaban guardando la trilla. Cuando ya era más tarde, iban las mozas. Unas fiestas hacían allí... Corriéndose la juerga y jugando todos... Muy a buenas, eran juegos de cariño, la gente no era que lo tomaran a mal ni nada... era divertido, pillo, malillo, tunante, picardías, con chispa.

~ Cuando eras pequeño, ya sabías cuando era la fiesta del pueblo, la navidad, etc. Los domingos de fiesta venían los almendreros, los toros,...

~ Las fiestas eran fiesta porque estrenábamos zapatos, o un vestidito que nos hacían, y porque se comía mejor. Guardaban un pollo para celebrar que era fiesta. A diario eso no se comía...

~ En septiembre ya venían las uvas, venía un señor con una carreta... Recuerdo a mi padre llevando las uvas en una cesta a casa. Dicen que ahora hay crisis. Nosotros hemos tenido crisis desde niños, mucho peor que ésta. Había un dicho que decía así: *“Tres días hay en el año que relumbran como el sol, Jueves Santo, Corpus Cristi y el día de la Ascensión”*, y la gente que no iba a la iglesia lo decía así: *“Tres días hay en el año que relumbran como el sol, la matanza, el esquila y el día de la función”*, porque eran días que se comía muy bien.

~ ¿Os fotografiabais en fiestas? Sí, venía un fotógrafo solo, traía un telón, y nos daba las fotos en esos días. To-

das las fiestas venía. Tengo una con un hermano mío y con un caballito. También me hizo una vestida de gitana. Traía él el vestido y todo. Era abierto por detrás. Me puso el vestido extendido, y la guitarra en la mano. No sé los años que tendría, por ahí la tengo que tener... Yo solamente he tocado la pandereta, no he tocado más instrumentos.



Anecdotario de Canencia

- Durante las fiestas, los domingos, después de la misa de las once, íbamos al baile. Había un manubrio de esos, un piano. Íbamos un rato antes de comer, y por la tarde nos íbamos de paseo. Cuando éramos más jóvenes cogíamos flores de la orilla de la carretera. Había unas azules, como margaritas pero con más hojas. No me acuerdo cómo se llaman. Nos hacíamos coronas. Nos lo pasábamos de miedo.



- Aquí se hacían unos carnavales muy buenos, muy grandes... ¿Anécdotas? Pues a lo mejor iba uno con un cacharro de agua, y había un montón de gente e iba y se liaba a enchufar, con algún aparato pequeño, algún sifón.

El colegio

~ El ayuntamiento está ahí desde Carlos Ruiz, porque fue el que hizo los colegios. Un poco antes se hizo el ayuntamiento, sobre el año 50. Antes estaba donde está el estanco, todo ese edificio que ahora son tres casas, pues todo eso era la escuela de las chicas, a la derecha, la de los chicos quedaba a la izquierda, y en medio estaba el ayuntamiento. Detrás de lo que era la clase de las chicas, estaba la secretaria. Cuando se tenían que re-

unir, lo hacían en ese salón que había en medio, pero entrábamos por dentro. Teníamos que pasar por ahí para entrar a las escuelas. Yo ya fui a las escuelas nuevas. Entonces la plaza era más grande que ahora.



~ A las escuelas antiguas se entraba desde un lugar donde tenías también la entrada de la secretaria. Y todo eso estaba lleno de leña, para la estufa del secretario. Desde la escuela de las chicas se podía subir a la cámara. Subíamos muchas veces y hacíamos averías. Cosas de jóvenes, de crías, como tirar cosas a los chicos, a ver lo que hacían.

Arriba no había nada, era un espacio abierto, una buhardilla, pero por la parte de los chicos no podían subir arriba, nada más por la de las chicas. Y se podía mirar desde allí arriba, porque antes las tablas tampoco las ponían tan juntas.

- Íbamos al colegio hasta los catorce años. Aunque por debajo de mí solamente hubo dos chicas que tenían dos años menos que yo, que no sé luego si estuvieron hasta los catorce años o no, pero de mi edad, hasta por lo menos cinco años o por ahí, no había ninguna entre medias. A mí ya me daba vergüenza ir a la escuela, porque iba yo sola, era muy grande, y me decían cosas los chicos. La maestra quería que hubiera seguido, otro año por lo menos. Yo dejé la escuela y estuve en mi casa, trabajando cuando había que ir al campo, a coger patatas, a arrancar hierbas, a recoger la hierba o el heno...

- **¿Recuerdas a algún profesor o profesora de la escuela?**
De las profesoras tengo muy buen recuerdo. Se entraba a la escuela a los seis años. Yo entré con cinco porque la maestra se empeñó. Estaba viviendo vecina y se empeñó en que fuera a la escuela. Como yo era tan pequeña, no me acuerdo mucho de ella. Luego ya se marchó, y como estaba casada con uno de aquí, venía en verano y nos llevábamos muy bien, pero en sí, no puedo contar mucho porque me pilló muy pequeña. La maestra no fue siempre la misma, cambió. Vino luego una, Merceditas, que estuvo bastantes años, y esa enseñaba muy bien, sin pegar a nadie. Venía durante el curso. Era joven y nos

ponía la lección con la enciclopedia. En mi casa nunca hemos faltado a la escuela. Luego hemos ido a las escuelas de adultos, pero ya no es lo mismo. Antes por la tarde no estudiábamos, por la tarde cosíamos. La maestra nos enseñaba a coser. Lo primero un paño, la vainica, los respuntes,... un poco de cada cosa. Tengo un montón de sábanas hechas a punto de cruz.

- Con nosotros estuvo Don Francisco, muy bueno.

- Yo con él no fui, nada más que alguna noche. Yo no fui a la escuela ni a nada: a la capilla desde el primer momento. A mi quién más me enseñó fue el cura Ruperto.

- En las escuelas había servicios, pero no había agua. El profesor hacía así con la mano para ver si sabíamos lo que podía significar. Y significaba que había que ir a por agua para echarla en la taza del váter.

- **¿En la escuela estabais bien? ¡Por lo menos descansabais del trabajo!** Yo fui muchos años a la escuela. Cuando fui después de haber terminado, se me cayó el alma a los pies. Nosotros salimos de la escuela y estaba intacta. A los dos o tres años fui porque a finales de curso presentaban los chicos lo que hacía cada uno. Y había unos deshollejones en las paredes... en todos los sitios... ¡de los chicos!, ¡de romperlo! ¿No ves ahora que no les gusta más que romper cosas? Fuimos un año a La Cabrera a arreglar una pared, habían hecho una nave como la que hay en la cañada, por cierto. Y tres o cua-

tro chicos habían tirado todas las tejas al suelo. Eso no se le ocurre a nadie. Les han quitado el respeto a los profesores y a los padres. Sin ir más lejos, yo tengo una hermana que la dices: *“Pues le dieran unas ostias al chico para que tal...”* y ella dice: *“A mi hijo no lo toca nadie, porque tal...”*, y eso ha traído sus consecuencias luego. Porque tú te acuerdas que a nosotros nos pegaban palos en las manos, y no venías diciéndole a tu padre que te había pegado el profesor. Y si llegaba el caso, ya sabes, te dejaban allí sin comer encerrado, y no iban a llevarte la comida. Entonces tratabas a los profesores de otra manera.

~ A los chicos de ocho o diez años, les decían: *“Oye chico ven: haz el favor de ir a por un paquete de tabaco”* o *“a llamar a fulano”*, e iba corriendo a hacerlo. Dile tú ahora a un chico que vaya a hacer nada. Te dice: *“Ves tú si quieres”*.

~ Antes cualquier cosa que te dijera un padre... Yo tengo dos anécdotas en las que mi padre primero me sacudió y luego me preguntó qué había pasado. No se me olvidan. Me sacudió una vez porque había ido a coger manzanas a donde los colijos arriba, la huerta que tiene Macales. Yo no había ido, ni mucho menos, ni me había arrimado por allí siquiera. Pero el Casullas aquel se lo dijo. Y llegó mi padre a casa y *“¡zasca zasca!”*, y yo le dije: *“¡Pero si yo no lo he tocado!”*. Y era verdad que yo no había ido, pero me la gané. Otra vez, estábamos jugando el Pulga, los chicos de la Juani y nosotros, porque

éramos vecinos. No sé qué pasaría, le daría algún cachetazo yo al Pulga o a la Pili. Yo era un poco mayor que ellos. Total que coge la Juani y me sacude. Y no se me ocurre que según tenía una vara en la mano, la metí un palo en el culo *que pa qué*. Pues vino mi padre y me cascó. Lo primero, cascarme, y luego preguntarme que qué había pasado. Me decía que por qué no se lo había dicho antes. Le dije: *“Porque no me ha dado tiempo”*. Mi padre las gastaba así.

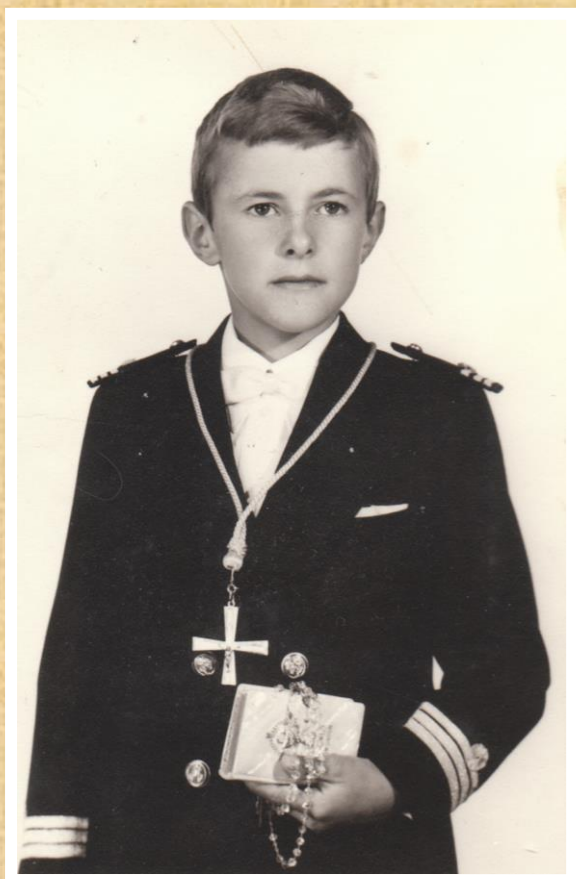
~ De pequeños íbamos todos los chicos a la escuela los domingos. Veníamos con el maestro o la maestra, y cualquier chico iba a besarle la mano. Todos los días.

~ Antes en misa, tenían como los tordos: un espía o dos. Y cada uno que hablaba, yo iba cogiendo nota. Y cuando acababa la misa, le daba la nota al cura. Los que habían hablado, se iban a la escuela sin comer.

~ Luego los curas empezaron a meterse con la gente del baile. Nosotros ya éramos mayores, ya no íbamos a la escuela. Veníamos Víctor Carpillas, tu cuñado, que en paz descansa, Burraco y yo, del salón de Patricio, y nos encontramos allí con el cura, y dice: *“Venid para acá”*, y nos dio un cachete a cada uno. Luego se ponía en la puerta del baile y, según entrábamos, atizaba a los chicos. Aquel día ya te digo que me sentó de culo el castañazo que me pegó Don Andrés, allí, en *nomine pater*.

La comunión

-Fíjate cuando hacíamos la comunión, lo que nos gastábamos en fotos. Sólo nos hacíamos una foto, y fíjate ahora. A veces no venía ni el fotógrafo, porque tampoco teníamos dinero para contratarle. Eran otros tiempos. A mí me gustan las fotos. Está bien pagado el recuerdo. De cosas para comer, ahí sí funcionábamos bien.



- ¿Qué costumbres había en torno a la comunión? Se comulgaba el niño o la niña y, ¿qué más se hacía? Se celebraba y se comía en las casas. No como ahora, en los restaurantes. Se procuraba poner otro menú y se pasaba bien. Era todo más sano.

- Se hacían los arcos de madera, se revestían de flores y venía la procesión. Ponían un arco ahí (en la plaza), bajando por aquí ponían otro (tras el ayuntamiento), y más por ahí abajo. En total cuatro altares (arcos) o cinco. El de aquí, uno, el de Santo Domingo dos, el de la plazuela tres, el de la fragua cuatro, y no sé si ponían otro en

casa de Nigero. Había por lo menos cuatro o cinco altares.

~ **¿Qué te acuerdas del día de tu comunión?** Yo me acuerdo del día que hice la comunión como si fuera hoy. Íbamos con un jersey, más o menos como ahora, con un bordado o alguna cosa. Luego, en Nochebuena o en Reyes en el hornazo que nos echaban, a lo mejor caía una naranja. Ahora, si te hace falta un traje, un traje, si te hacen falta unas botas, pues unas botas, un casete, etc. Ahora no tiene ni punto de comparación.

~ Hace tanto tiempo... Recuerdo que a mí me dieron menos dinero que a mi hermano: cuarenta y cinco pesetas. Mi hermano se sacó setenta.

~ **¿Qué hiciste con el dinero de la comunión?** Comprar chuminadas, dulces imagino. No me acuerdo. El otro día mi hijo fue a la panadería con un euro y no sé si trajo veinte o treinta chicles.

El Cristo de Canencia

~Lo del Cristo, se lo he oído a mi abuela y a mi madre. Hubo una tormenta muy grande y se llevó parte de la ermita de San Sebastián. El arroyo que le pasa es el arroyo de San Sebastián, por donde Cantarranas. Está más arriba de la plaza de los toros, que dicen que aún se ven los cimientos. Sabemos dónde está el Cristo, y en ese pueblo saben de dónde es el Cristo: Valdetorres. Yo he

Anecdotario de Canencia

ido a verle, le conozco. ¿Cómo puede haber llegado allí el Cristo? Pensando que sería un Cristo grande, y resulta que es un Cristo pequeño, con un brazo roto, como se lo encontraron en el río. Se lo querían llevar a Torremocha, pero el Cristo volvió a aparecer allí. Y aquí ya no volvió más. La tormenta se lo llevó de la ermita. No sé qué tormenta sería para arrastrar el Cristo hasta el río. Entonces no había presa. Si entonces se hubiera pedido... pero ahora ya, con tantos años... Fuimos mi marido y yo a Valdetorres. Preguntamos si podíamos verle, y el sacerdote, que era muy jovencito, nos dijo: “Ah, ¿qué quieren ustedes ver el Cristo de Canencia?” O sea, que saben que es de aquí, no es una cosa que se haya *inventao* la gente. No lo pude reconocer porque no lo conocía antes. Antes la gente iba de romería a allí, a Valdetorres, la gente que le tenía mucha devoción. Le llaman el Cristo de los Sufragios.

Irse de renta

~ Eso consistía en juntarte tres o cuatro o cinco y “*vamos a la huerta del fulano que hay buenas manzanas*” o “*buenas peras*”. Ibas y “*te pegabas el asalto*”. Si no te pillaban, bien, y si te pillaban, ya sabes la que te esperaba en casa.

~ Un día fuimos Burraco (otro quinto nuestro), y yo. Él iba con los borregos al batán, y sabía cuándo se venía el señor Eduardo. Y lo dijo: “*Vamos a ir un día que he vis-*

to que tiene un melocotón, que está aquello de melocotones ya... ¡malo!". Cogimos una espuerta y fuimos. Se agarró él al melocotón, echamos los melocotones a la espuerta, los llevamos al linar y los tapamos con las matas de las patatas, que había unas así grandes. Luego por la noche fuimos a por ellos.

~ **¿Estaban ricos? ¡Hombre!**... Eso era muy normal. La hicimos más cojonuda Eusebio y yo. Él estaba con las ovejas por encima del Macero, yo con las cabras, y vimos a sus tíos quitar a palos todas las manzanas de un manzano que tenían. Venían muy tempranas en el verano. Eran buenísimas. Te ponían los labios como las nueces, con tiña. Les vimos quitarlas y dejarlas en los surcos de las patatas, guardadas. Nos ves a Eusebio y a mí coger la yegua del jabonero, que estaba en unos prados de allá de la era, vinimos y llenamos los sacos de todas, no les dejamos ni una. Los echamos a la yegua. Recogimos todavía los ciruelos que habían dejado sin coger, y marchamos. Y al otro día, el Maximino, a todos los pastores mirándolos a ver quién llevaba los labios manchados, para delatarlos, pero como nosotros nos lo sabíamos, las escondimos en un barranco, con paja, las enterramos, y nos las zampamos luego cuando nos pareció. Sí, hacíamos picias. Era la diversión del día.

~ Otra vez, no sé quién estaba conmigo. Estábamos ahí en la dehesa de la peña, y había unos ciruelos de esos de borlas, de esas buenas. Estábamos subidos en los ciruelos cuando iba el Santiago a la huerta que tenían, a

Anecdotario de Canencia

asomarse no sé a qué fuera, y al pasarse nos vio. Pero era de noche y no nos conoció, y nos decía: “¿Quién sois?”. Y nosotros callaos. “Bueno, ¿no queréis hablar? Pues ala, seguir...”. Cuando él se marchó, nosotros bajamos y nos fuimos.

~ Es que entonces no había fruta como ahora. Ni venían como ahora, que vienen dos veces en semana a venderla. Hay mercadillo dos veces en semana, una de ellas el sábado, y en verano vienen los gitanos con los albaricokes cada tres por dos. No había más que nueces donde había nogal.



Había muchos nogales, y la mayoría tendrían dueño, aunque la fruta la veías en las calles y la cogías.

~ **Tampoco es la fruta ahora tan buena como la de antes.**
~ Porque la tenemos en abundancia. Antes había mucha

hambre de ello, y ahora no. Antes llegaba el verano y se empezaban a caer las gusanas. Las que se agusanaban, anda que no te sabían ricas. Te las daban, y ahora no se las echa nadie más que a los gorrinos. Es que las cosas cambian mucho.

~ Las manzanas reinetas siguen estando buenas. Antes nos íbamos a comer moras, ahora no te dejan. Los guardas se meten en eso, dicen que se las quitamos a los pájaros. Hay a quien han denunciado por coger moras.

~ De pequeño yo recuerdo hacer muchas perrerías. Íbamos de renta, a robar fruta por las noches. Si se oía por ahí “*Mengano tiene unas manzanas que pa qué*”, pues ibas y le quitabas unas pocas. No todas. O peras, o guindas, gordas y buenas,...

~ Mi amiga y yo, la huerta de calleja, la teníamos... ¡íbamos todas las noches! Al llegar el verano, aquí en el pueblo no había fruta, y claro, cuando veías un guindo con las cerezas coloraditas, pues fíjate, se te iban los ojos. Estaba yo con mi amiga, en tiempo de la trilla, y le dije: “*Aquella señora, la de la huerta, está trillando. Vámonos a su huerta*”. Pues nada, nos fuimos las dos, y no habíamos llegado ni a coger una guinda cuando estaba allí la señora tirándonos piedras. Tuvimos que salir zumbando y ni las probamos. Cómo sería que nos vio la intención. Su huerta estaba en alto y nos vio venir.

~ Una noche fuimos al baile, que era fiesta por el 15 de agosto. Quedamos en ir *a renta*, a robar manzanas, y

nos fuimos las cuatro amigas después de cenar. Una se remangó el vestido y la otra le echaba las manzanas en el vestido, de dos en dos. Traíamos una falda llena de manzanas. Cuando oímos: “¡¡Eh eh eh!!”. Eran otros chicos que también venían *de renta*. Nosotras empezamos a correr. Una amiga que corría poco, agarró por delante de la tripa a la otra y se cayeron al suelo. Se pusieron... la falda rota, el brazo todo ensangrentado... Escondimos las manzanas en arena, en un arroyo que había arena, las enterramos allí, y nos fuimos otra vez al baile. Nos preguntaron que de dónde veníamos, y dijimos: “*Pues de nada, no hemos cogido nada, no tenemos nada*”. La chica que se destrozó la piel del brazo tenía novio, y nos preguntó “*¿Dónde está mi novia?*”. Le dijimos: “*Ah, la ha llamado su madre y se ha ido a casa, no sé...*”. Pero insistía: “*¿Por qué la ha llamado su madre?*”. Y nosotras: “*No sé, no sé...*”. Cuando fuimos al otro día a ver las manzanas, los chicos nos las habían robado. No teníamos ninguna, nos las habían robado ellos de donde las escondimos.

- Era normal irse de renta. El dueño si te veía, o te las quitaba, o te regañaba, o iba a contárselo a tu padre para que te regañara.

- Mi vecina y yo recordamos todo esto ahora cuando llega el verano, y nos entra una risa... Pues estábamos un día allí en el patio y “*¡Vámonos a por unas guindas!*”. Fuimos para allá y estábamos *pingás, enganchaitas* cogiendo las guindas. Cuando oímos al amo, al due-

ño... Soltamos la rama y nos caímos las dos al zarzal. Nos pusimos perdiditas de espinas, y no nos comimos ni una guinda, que eso es lo peor.

- **¿Y cómo se sale de una zarza?** ¡Saliendo! Cuando eres joven, estás muy ágil. Y como te vengán persiguiendo, sales todavía más deprisa.

- De ahí sale el dicho *“A ver si tú te crees que me he caído de un guindo...”*: *“A ver si te crees que soy tonto...”*.

- Yo también me he caído de un guindo, pero a las ortigas. Me revolcaba en la tierra y en las patatas, y mi abuela me decía: *“Pero hija, revuélcate en otro sitio, que me estás rompiendo las patatas”*. ¡Cómo pica!, pica bastante, dura un buen rato. Luego ya con el agua, te mojas, pero te escuece todo el día, parece que te están punzando.

La piedra de llover

-Cuando no llovía, el cura decía de ir a echar una rogativa a la peña. Íbamos todos, y allí rezábamos a ver si llovía. Y cuando quería llovía y cuando no, no. No recuerdo años secos como ahora. Entonces llovía más, el río venía más grande. Durante todo el verano podías coger agua del río y te podías bañar. Pero ahora se seca desde allí arriba *p'abajo...* Ahora está muy sucio (con mucha vegetación). Antes estaba limpio porque había

Anecdotario de Canencia

mucho ganado y se comían las zarzas, todo lo que saliera en el río. Pero ahora no hay cabras, no hay nada, y está el río muy sucio.

El baño en el río

- Recuerdo que íbamos a llevarle el almuerzo a los padres, que estaban segando la hierba. Cuando volvíamos, que ya era el mes de junio, pues tú verás, se ensucia uno



de los caminos, y nos metíamos en el río, a lavarnos, y nos daba hasta vergüenza de subirnos la falda y lavarnos por aquí, por las piernas, porque estábamos pendientes de si nos veían o no nos veían.

- Las muchachas se iban a bañar. Cuando podían se iban así, como escondiendo, pues siempre alguno las veía. Y decían: *“Pues vamos a ver, que están en tal sitio”*. Y aunque se iban escondiendo, las veían. Los chi-

cos también nos bañábamos. Las chicas en un lao y los chicos en otro. Nosotros aquí cerca del pueblo. Las chicas se iban fuera. Las chicas se bañaban con unas bragas y los chicos en pelotas. Daba gusto.

- No había agua en casa, no había nada. Terminabas en la era lleno de polvo y de paja, y no tenías más remedio que irte al río, a bañarte o a limpiarte. Si podías, te lavabas en una calleja, donde podías, donde no te viera nadie. En las casas no nos bañábamos, si acaso tenías una palangana, un barreño grande donde echábamos unos jarros de agua, un poco de jabón, y ya... para refrescarse. Te lavabas la cara y punto. O si acaso, los pies, pero otra cosa no. No se estilaba. No había otro medio.

- A veces se usaba un barreño grande para los chicos, porque para los mayores nada, no se podían bañar en casa. Sólo en el río en verano, porque en el invierno no había manera. En invierno había que romper los hielos de las fuentes para coger el agua.

- Ni en el mes de mayo se podía uno bañar aquí. Hasta junio, julio, agosto, nada. Como viene de la sierra, el agua viene muy fría. Y nos bañábamos al natural, sin bañador.

- Cuando venían las de teléfonos, y se iban a lavar al río, estaba bien visto, pero como nos fuéramos una chica del pueblo, nos quitaban la ropa los chicos. Estaba muy mal visto. Donde dejabas la ropa que te habías qui-

tado (te bañabas con la braga o incluso con la combinación), te la quitaban los chicos.

- **¿Nadie vigilaba?** Luego ya nos la daban, después. Yo no me quitaba la ropa. Estaba mal visto. Si había agua en el río ¿nos podíamos ir a bañar, no? Pues no, estaba mal visto. No iba nadie.

- No vestíamos como ahora. En mi casa, los cacharros, tengo los justos, los que me hacen falta, pero la ropa me encanta, he sido muy chula para la ropa. Salió la moda ésta más de ahora, y nos veía el cura, nos llamaba y nos castigaba. En misa, había que ponerse velo, y si no tenías, un pañuelo puesto en la cabeza. Yo me acuerdo del cura, llamarme por la calle, que llevaba un jersey, y decirme *“que no quería verme así”*.

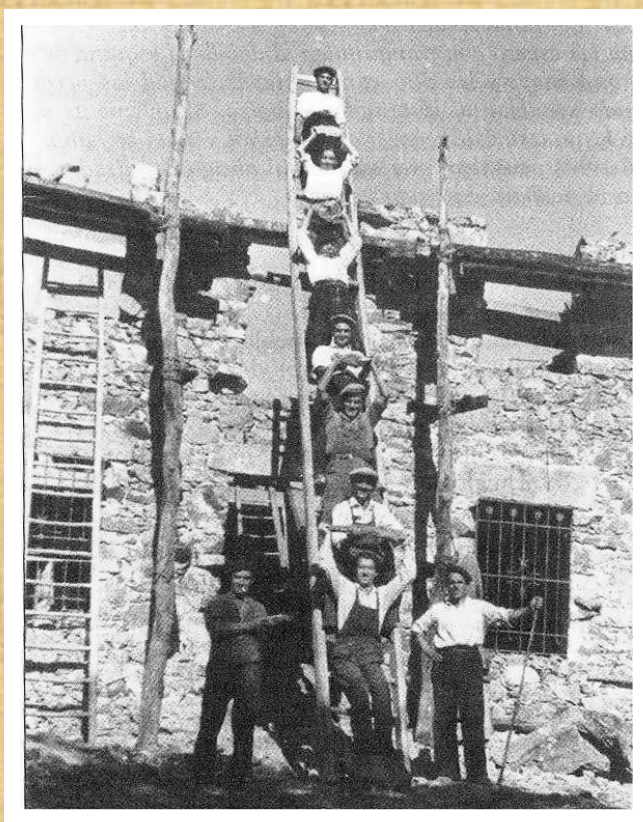


- **¿Y cuando iban al campo las mujeres, no se les veían las piernas al trabajar?** No, no. Iban vestidas con ropa

muy larga. A segar iban vestidas, y a sacar patatas y a escarbar. Se tenían que agachar, pero veías muy poco.

Otras picardías

~ En una ventana que vimos un montón de cervezas, tras una alambarrera (antes no había rejas como las de ahora), con una jarra y una sogá, nos las bebimos todas.



~ Antes hacían queso y lo ponían en las ventanas para que se curara. Bajo la ventana se ponía un mozo encima de otro mozo, encima de otro, hasta que alcanzaban y se los bailaban.

Y de poner el puchero en la ventana para que se enfriara y tras la reja, se la bebían con una pajita, y a cambio echaban agua de la fuente. En los pueblos antes se pasaba muy bien.

~ A lo mejor también se robaba algún puchero de leche o algún queso, algún melón,... Iban los jóvenes a quitar-

lo. En las bodas, que hacían arroz con leche, si se enteraban los chicos, se lo quitaban.

~ Como no había neveras, la leche se tenía en la ventana, cocida en un puchero para refrescarla. Iban los chicos con una paja y se la bebían. Cuando iba la mujer a por la leche, no tenía. Muchas picardías.

~ Ahora las chicas no salen. Antes salíamos todas las noches a hacer picardías. Ahora hay más coches y si quieres te vas a un sitio, o te vas a otro, vas donde quieres. Entonces no había coches y tenías que estar aquí en el pueblo. Antes la gente tiraba piedras a los perros, y si haces eso ahora te llaman *criminal*, eso ya no se hace. Aun así había mucho perro por aquí, más que ahora.

~ También íbamos a llamar a las puertas. Llamabas y salías corriendo.

~ Si hacías alguna broma, era sin picardía de ninguna clase, porque no teníamos picardía ninguna.

~ Una noche que yo no iba, iba la Antonia, que fue la que tiró una jostra (suela del calzado), de las alpargatas viejas, llena de agua y tierra. La pobre Cervera tenía la puerta de arriba de su casa abierta. A la que pasaron todas, ella, que venía la última, agarró la zapatilla, la jostra, la tiró y dio en toda la pared. La preparó un santo a la pobre mujer... La otra decía: "*Si la agarro, la re-tuerzo el pescuezo*".

- Nosotras jugábamos al galope, y el tío Cascapalos salía a echar de mamar a los corderos. Nosotras, por allí, igual que los caballos: corriendo y agarrándonos unas a otras, y las pobres ovejas no los podían dar de mamar... “*Me cago en la leche, que os voy a coger y no sé lo que os voy a hacer. Ninguna noche me dejáis que mamen los corderos... Jodíos machazos, sois igual que los jodíos machazos*” y despotricaba.

- También los había que robaban gallinas en su propia casa y le encargaban a una mujer que se la guisara. Luego la madre decía: “*¡Nos han quitado el gallo, lástima que revienten!*”, y el ladrón decía: “*No madre, no, cómo van a reventar*”. Los mozos hacían picardías.

Juegos de niños

- Un día, detrás de las escuelas, estábamos jugando a la *pídola*. Se hacía un muro de tierra y se ponía ahí el *burro*. Había que correr hacia el muro y saltar el *burro*. Algunas chicas que tenían novio no venían a jugar, pero aquella noche que nos oyeron el alboroto que teníamos, fueron. Nos dijeron que si las dejábamos jugar. Estaba la nieta del carnicero, que saltaba muy poco, y dije yo: “*Pídola*” y salté. Luego saltó la Juana. Vino una que decía que no quería jugar, pero vino su prima, que era una facinerosa, y era grande y fuerte, como la otra, que cuando ella se ponía, era un cacho burro que tenías que abrir bien las piernas. Ya salté yo, y luego saltó mi pri-

Anecdotario de Canencia

ma. Y la cosa es que vino la de Cascapalos. Su prima la apartó a empujones, pero cogió carrerilla para saltar y, no os exagero nada, la cogió y se la llevó como de aquí a allí (una distancia de unos cinco metros), las dos a rastras por la arena. Se pusieron los vestidos llenos de arena. Y luego le decía una a la otra: “¡Vaya una cosa que has hecho!”. Tuvimos risas, no sé para cuánto. Jugábamos hasta con diecisiete años. Por la noche, nos juntábamos, y a lo que salía. Y esa noche tuvimos risas para un montón de tiempo.

- Mi hijo el pequeño se escondía al bajar del autobús, ahí *amagaíto*... y las maestras preocupadas, dudaban si se habría quedado dormido en el coche de línea.



¡Y qué va, se había escondido! Mi otro hijo también tiene mucha chispa. Y es que con chispa se nace, no se aprende.

~ Cuando éramos chavalas, éramos muchas chicas, y la diversión que teníamos era jugar a la comba, o al salto, o a estar por la carretera... Había un chico aquí, que era más pequeño que nosotras. Si nosotras teníamos doce, trece años, él tenía dos o tres menos.



Nos pegaba a todas las chicas. Y nos poníamos en fila: “Ahora te pego a ti, ahora te pego a ti, ahora a ti...”. Nos pegaba a todas. Y ya me tocaba a mí, y le dije:

- ~ *“¡Tú a mí no me pegas!”*
- *“Yo a ti te pego”*
- *“Tú no me pegas a mí”*

Me fue a dar una patada y le cogí de la pierna y se cayó para atrás. Se dio un cabezazo y una *costalá*... Se levantó corriendo, y se marchó disparado a su casa. Y no nos volvió a pegar nunca. Esto lo saben las amigas. Fue ahí abajo, donde la señora Irene. No teníamos juguetes, no teníamos nada.

- Otra vez estábamos debajo de un nogal. Con una rama nos columpiábamos. Una chica con malas pulgas un día se cayó. Dijo que la habíamos tirado nosotras, que la habíamos *dao* mal, y se pegó con otra chica. La puso la mano en el escote y tiró para abajo, y le desgarró el vestido hasta abajo. La pobre chica se fue llorando a su casa, porque tampoco teníamos muchos vestidos. A lo mejor no tenía otro vestido para ponerse. La ropa era valiosa, no se podía romper.

- Jugábamos mucho también en los campos con las pelotas. Se hacían dos equipos. Siempre había dos que jugaban mejor, y se echaban a suertes quién escogía primero a las de su equipo, porque claro, esa llevaba ventaja. Iba escogiendo a las que le parecía que eran mejores. Echábamos partidos. Había que echar la pelota de un lado a otro y según se iba perdiendo, las otras se iban pasando al otro lado. Hasta que un equipo ganaba.

- También jugábamos a los alfileres y al *guá*, igual que los chicos, con el hoyo en el suelo. También al clavo. Sobre todo si llovía y estaba el suelo mojado, que el clavo clavaba bien. Le clavabas y desde allí, lo que alcan-

zabas, era para ti. Hasta que le robabas al otro todo el trozo. Ahora como casi ya no hay tierra por los caminos, con el asfalto, ya no se puede clavar el clavo. También jugábamos al *burrillo*, como los chicos, a la *pídola*, que había que saltar, la primera en la frente... En el *burro*, el que perdía, se ponía debajo y saltábamos todos encima de él... Hasta que uno se caía, que se ponía luego debajo, o hasta que se caía el que estaba debajo porque no aguantaba más. Nosotras, otra chica y yo, jugábamos con unas que eran mucho más grandes que nosotras. También jugábamos a las casitas, hechas con piedrecitas. No me acuerdo de haberme pegado con mis hermanos, no sé por qué ahora se pegan los hermanos. Mi hermano pequeño me enseñaba a ordeñar a las vacas, y cuando yo valí, valía él también. Teníamos otro hermano más mayor que nosotros.

- Cuando éramos críos no había luz en las calles. Por las noches decías: *“En tu solito estoy”*. Iba a pillarte el que se la quedara. Si te metías a la sombra, ya no te podía pillar. Como no había luz, era nada más con la luna. Donde daba la sombra, te metías. *“En tu solito estoy”*, y salías corriendo al sitio donde había luna, como si fuera el sol... y ¡era la luna!

- Y cuando erais más chiquillos, ¿hacíais algún juego mientras trabajabais? Cantábamos. Lo que pasa es que de aquellas canciones ya ni te acuerdas. Me acuerdo de jugar al *esconderite*. Y por las noches, algunas picardías también hacíamos.

Anecdotario de Canencia

- A veces se iba a arrastrar a alguno que estaba tumbado en los montones. Si ibas a la escuela no tenías tiempo. Y si trabajabas tampoco. La mayoría a lo mejor tenía alguna cabra para tener leche en casa, o dos o tres ovejas. Luego empezó ya a haber (vacas) suizas. También había que quitar la hierba de los linajes.

- Una vez nos fuimos al río, Lorenzo, el de Alejo, Paco el de Aldama, que fue el que nos lió, y yo. Paco ya lo sabía de Lozoya, que había que coger cicuta para envenenar a los peces. Entonces entramos al vallejo, arrancamos dos o tres matas. Él lo preparó. Las metimos debajo de una piedra, y empezaron a salir peces... ¡Daban unos saltos...! Y nosotros nada más era ir y cogerlos. En ese rato cogimos un montón de peces. Cicuta y zapata, de esas amarillas que son así de altas. Lo machacabas en el pozo, y al momento tenías *p'arriba* las truchas.

- **¿Y cómo las cocinabais?** Cuando llegabas a casa, asadas. Las madres las limpiaban. O bien fritas. Trucha de río. Yo también me he ido mucho a nidos. Yo he traído pájaros a casa.

- En el río, como no había servicios en las casas ni nada, pues el agua venía de arriba bien limpia. Se bebía el agua del río. Cuando íbamos al ramón, yo me acuerdo de que mi padre la cogía en el beneficio y llenaba el botijo.

Cuentos

- Este es un cuento que me contaban a mí de niña: Érase un padre que vivía solo con tres hijos pequeños. Un día le preguntaron los niños a su papá: *“¿Qué vamos a comer hoy papá?”* Hijos míos, no tenemos ni pan, pero haré unas sopas aunque sea sin pan. Estaban en esto cuando llamaron a la puerta y dijo el padre al hijo mayor: *“Sal a ver quién llama”*. El niño salió y volvió diciendo: *“Papá, es un pobre que pide limosna”*. *“Anda hijo, dile al pobre que pase y repartiremos las sopas”*. El niño salió, y muy tunante, le dijo al pobre: *“Váyase de aquí que como salga mi padre le va a dar cuatro palos”*. El niño volvió a la cocina y el padre le preguntó: *“¿Qué te ha dicho?”*. *“Pues ha dicho que no quiere sopas”*. Salió corriendo el padre y llamó al pobre, que ya iba por la calle abajo: *“¡Oiga, oiga... Venga hombre, pase, que no serán de alimento, pero le calentarán el cuerpo!”*.

- Como sabemos tantas anécdotas los mayores, os voy a contar una muy graciosa. Esto era un muchacho de un pueblo muy atrasado, que se fue a la mili. Ahora no se hace la mili pero sabemos todos lo que es. A los pocos días su novia recibió una carta que decía así:

“Mi querida Micaela, sabrás que me acuerdo mucho de tu entrecejo y tu jeta, porque hay aquí un sargento que tiene tu cara misma. Sin más, darás recuerdos a Manolo Rompelsaco, al que toca la vihuela, al animal de tu padre y a toda la canalla entera. Desde aquí te remete,

Bartolomé Comadreja. Sólo te pido una cosa: que me esperes hasta que vuelva”.

Un broma pesada

~ Yo me iba a casar y me estaba haciendo la modista el vestido en el pueblo de al lado. Tenía que ir a hacer las pruebas del vestido y para ir hasta allá teníamos que ir por el campo, andando por el monte. Digo “teníamos” porque me llevé a mi prima conmigo. Cuando estábamos en pleno monte oímos voces de unos pastores que se avisaban unos a otros y se llamaban: “¡Oye, Fulanito, por ahí van dos chicas. Cuando lleguen a vosotros, las trincas!””. Al oír eso empezamos a temblar y a darnos prisa para llegar al otro pueblo. Nos achucharon los perros y todo. Yo pensaba: “Adiós mi virginidad”, que tanto había guardado para el día de la boda. Ahora podéis pensar otra cosa, pero en aquellos tiempos se guardaba eso para ese día. Aunque con mucho miedo, llegamos al otro pueblo sin ver a los pastores. Al volver otra vez a Canencia, volvimos en el autobús de línea. Contamos en casa lo que habíamos vivido, todo el miedo que habíamos pasado. Mi hermano tenía novia en ese otro pueblo, y al domingo siguiente, cuando fue a verla, buscó a los pastores, que se delataron ellos solos por decir el apodo que tenían. Los cogió de las orejas y los reprimió por lo que nos habían hecho. Ellos, disculpándose, dijeron que no pensaban hacernos nada, que había sido una broma para asustarnos. Y así quedó la

cosa, en una broma pesada. Esto lo hacían mucho en aquellos tiempos.

Anécdotas con animales

A lomos de un caballo

-Un día que nevó, íbamos montados a lomos de un caballo, y por lo menos una vara llevábamos, cuando no fuesen dos para apoyarnos más. Pero de cuatro que íbamos, uno se ladeó encima de una alcantarilla, y tuvimos que echar mano y sacarle. Salió bien, y a seguir.

Burros y burras

- Cuando montábamos a los burros, si salía bien, bien, y si nos caíamos, pues al suelo. Sin silla ni nada. Brocal sí llevaba. Llevaban un ramal agarrado al hocico, que lo pones para que obedezcan.

- Yo estuve sembrando patatas, y un día tuve que subir a por las vacas, que las tenía en el quiñón. Queriendo ir a por ellas cogí la burra. Estaban cerca. Yo daba saltos para subirme, pero me quedaba baja, no lograba subirme encima, hasta que salté a la burra y le di la vuelta por el otro lado. Al caer al suelo mi marido se preocupó, pero a mi hermano le cascaban unas risas cuando ya salí andando...

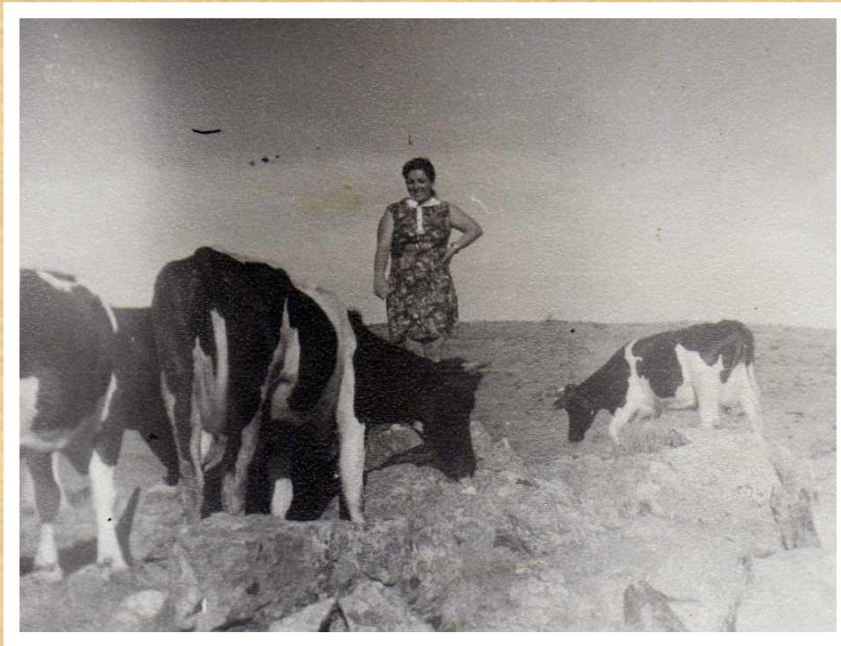
Anecdotario de Canencia

~ Los burros eran un medio de transporte... lo que más. Aquí casi todo el mundo tenía uno. Aunque fuera para ir a por leña. Tenía que valer para casa.



~ En el pueblo vivíamos de la agricultura y un poquito del ganado. Cada familia teníamos dos o tres vacas. Había alguien que tenía más. Las chicas, que teníamos quince o dieciséis años, a lo que nos mandaban era a ir a por las vacas a la dehesa.

~ Una mañana yo y una amiga, que es muy graciosa, nos fuimos a buscar las vacas a la dehesa. Cuando llegamos, lo primero que hicimos fue coger el primer burro que había, y nos montamos en él para ir a por las vacas. Desde el pueblo hasta la dehesa había un buen trecho. Y si habíamos estado en el baile la noche

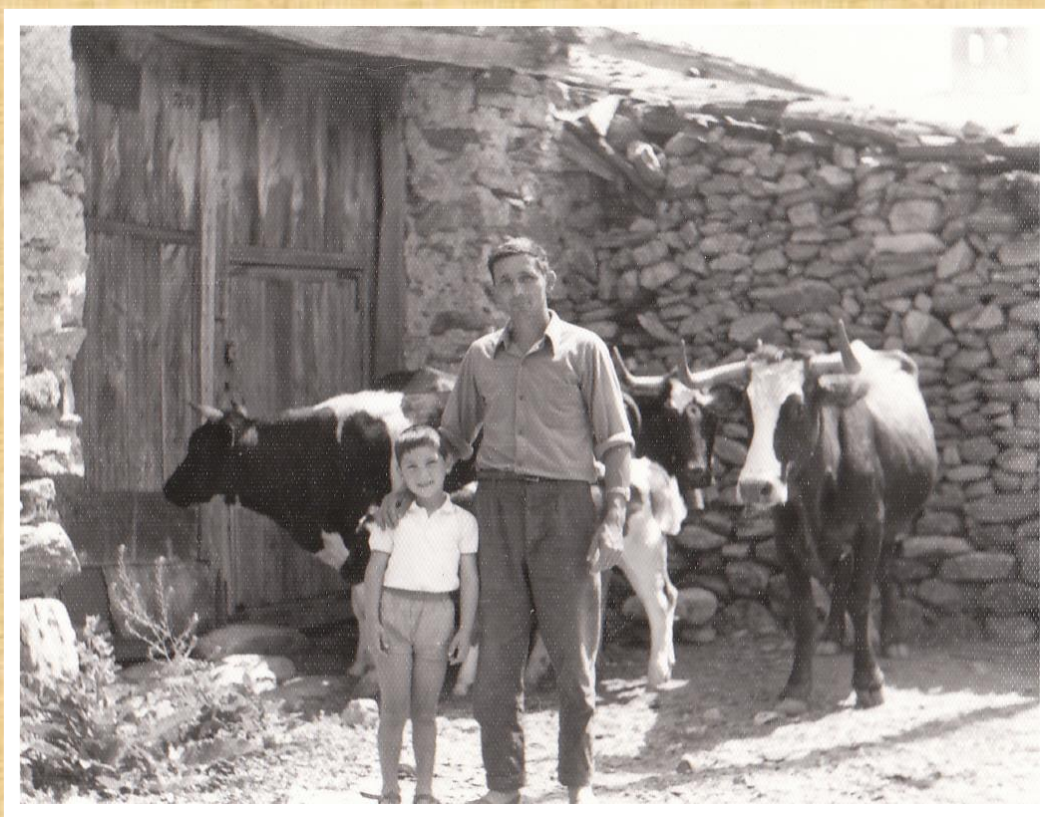


anterior, estábamos cansadas, entonces cogíamos los burros para ir para allá. Había llovido y había bastantes charcos. Yo iba detrás de esta amiga, que es muy tunanta. Ella iba primera y yo segunda. Cuando íbamos por un charco, le dio al burro en la tripa con el pie, con la espuela, y el burro se puso a dos patas. Mi amiga quería tirarme al charco, pero me agarré bien a ella, y la que cayó al charco primero fue ella... ¡caímos las dos!, pero ella cayó primero, y se puso el vestido... ¡¡Cómo se le puso, le salió el tiro por la culata! Esto nos lo hemos contado toda la vida, y cuando nos vemos ahora, y lo contamos, nos reímos.



- Como los gallos se corrían con los burros, pues tenía yo una burrita y me fui a por ella. Al venir por aquí había ahí una alcantarilla que estaba hecha desde antiguo, de piedras. Con tan buena suerte que metió la burra la mano en un roto y se la partió. Murió al poco tiempo, un martes de carnaval. La tuvieron que matar. En vez de correr los carnavales, me tuve que ir a la fuente aquella que da al cuartel, a Cagarralo, que estaban cortando leña, a avisarles para colgar a la burra. Estuvo colgada un mes y no agarró la mano, hubo que matarla. Estuvo colgada al aire, como cuelgan a las vacas en los potros para herrar la yunta. Colgada para que no estuviera apoyada. Dos cinchas, una adelante y otra atrás, y en vilo, para que asolara, y no asoló ya más. La pobre un mes estuvo ahí, sufriendo... tú verás... pero hubo que matarla.

- Por las noches, íbamos los chicos y las chicas a montar en burro. Había muchos burros y andaban por el pueblo. Por la noche cuando salíamos del rosario, íbamos a buscar los burros, y a montar en ellos por el pueblo, a apedrear puertas... Tirábamos piedras a las puertas y echábamos a correr. No había televisión, y nos teníamos que divertir con algo.



Las vacas

-Nosotros tuvimos una vaca a la que se le salió la madre. La madre es donde reciben, los ovarios. La placenta se la salía. Y la colgamos, se la metimos, y la tuvimos colgada unos pocos días hasta que se la pasó. Otro día tuve que ir a por otra vaca a la que se la salió allí en el

Anecdotario de Canencia

collado. La traje y la metimos en un corral. Se la metimos y la cosió la Nati para que no se la saliera.

Las ovejas

~ En el pueblo eran todos ganaderos. Todos fueron vendiendo hasta quedarse si nada. A mi hermano, que sacaba las ovejas, se tumbaba en el campo apoyando la cabeza en una manta, y los ratones le mordían las orejas mientras estaba dormido.



El perro Espinete

~Yo tuve un molino de pienso. Tenía un *dumper*, una ratona, con la que iba a moler. Echaba los sacos encima y él se subía a la cima de los sacos y venía conmigo a todas partes. Si iba al *ganao*, el primero que entraba al coche era él. Iba a dar sal a las vacas y las conocía a todas igual que yo las mías. Si iban otras a quererles quitar la sal, él se encargaba de espantarlas para que no

se acercaran. Se llamaba Espinete. Como un señor de aquí, que no se llama Espinete, se llama Marcial, pero lo conocemos todos así por el pelo. Y el perro mío tenía mucho pelo. Marcial decía que se había venido de un banco de Madrid. Compró una finca, echó cabras y muchos años tuvo una piara de cabras buena. Se vino del banco a aquí, a ubicarse al monte. Y luego no sé si fue por los lobos o que se las ahuyentaron los perros, pero las tuvo que quitar. Ahora está.

El Lobo

~ Hubo lobos. Yo me acuerdo del lobo que mataron. Había un árbol grande ahí en la plaza y lo trajeron a colgarle ahí.

~ Después, estando yo de cabrero en el cuartel, un día a las 12 de la mañana estaba el Churro conmigo, el de las vacas, y le salió un lobo en la braña del cuartel. El lobo rodeó a las cabras, y engancho a una cordera churra. La engancho y salió zumbando para Pinilla. Lo perseguimos un rato por las huellas con una perra, pero bueno, ya ves. Otra vez, estaba en la majada, durmiendo con las cabras, y empezaron a quererse ir, a querer salir, y yo: *“¡Quietas, quietas!”*. Me acuerdo que vi un bulto negro por debajo de las cabras. Me lié a pedradas con él, y no se movía el bulto, pero cualquiera se animaba. Era yo un chaval de catorce años. Te dormías por ahí solo en medio del campo. Al otro día, cuando me levan-

Anecdotario de Canencia

té por la mañana con las cabras, ¡era un tomillo a lo que yo tiraba piedras!

~ Al que vivía al final de la Castellana, le mataron treinta ovejas. Y a mi abuelo Paulino una noche le mataron cincuenta ovejas. El lobo *escapao* las aventaba y salía corriendo detrás de ellas. A la que iba agarrando, la mataba y la dejaba. Si ya ha cogido una y se la come, pues bueno, pero aquello...

~ **Y los perros pastores, ¿no ayudaban?** Los perros eran difíciles de mantener. Había que tenerlos con *carlanca* que se llama, puesto en el pescuezo, para que el lobo no los coja, porque a lo primero que van es al cuello. Me acuerdo de haber oído que en los reajos, por las noches, para quedarse donde los vaqueros, había que hacer lumbre. Dicen que habiendo lumbre, no se acercan los lobos. Hay que hacer lumbre para que no vayan a las vacas.

~ Si quieren conservar el lobo, eso medio ambiente tiene que tener mucho tacto, y hacer reservas.

Las cabras y el toro

~ Yo tendría diez o doce años, y mis padres tenían cabras. Normalmente iba mi hermana sola con las cabras, pero un día me fui yo con ella, con una prima y con un muchacho ya mayor, de unos dieciocho años, un chico de Bustarviejo. Estábamos en el campo, con las cabras

por ahí. Se pasó el tiempo hablando y al rato: “¿*Dónde estarán las cabras?*”. Se habían metido en un prao, un cerrao, un lugar de otro señor. Nos tuvimos que meter en el prao a sacarlas. Y en esto que estamos sacándolas, y viene un toro... Pero un toro grande, un novillo majo, de un año, el de Juanito. El toro iba a por mi prima. Iba “*fiiii*”, ¡disparao a por mi prima! Había una piedra muy grande y ella se metió detrás. El toro entonces se quedó así, *prentao*, pero como mi hermana y yo estábamos *p'allá*, se tiró a por nosotras. Entonces mi prima sacó la cabeza y se fue el toro otra vez a por ella. Mi hermana me cogió y me tiró por la pared, por la tapia. En esto saltó el otro muchacho, que llevaba una manta campera para arrojarse. Se metió y lo toreó con la manta. Ya salieron mi hermana y mi prima. El muchacho ese nos salvó. Y esto lo he vivido yo, no es que me lo hayan contado. Yo he soñado mucho con los toros, les tengo mucho miedo.

La culebra

~ Una vez una culebra me hizo cara... ¡Muy grande! Habíamos esquilado a las ovejas. Yo estaba a la sombra de una *fresnita* y me dije: “*Madre, me voy a quedar dormida, si viene alguno lo mismo me da un susto*”. La culebra vi que venía por el rastrojo, y yo que he sido atrevida, cogí una plancha de esas de segar, una trilla, y se la tiré, con tal suerte que la di aquí atrás. La muy perra levantó un tanto así (señalando con el brazo hasta

el codo), con la cabeza así “¡Ahhhh!”, que parecía que me iba a atacar. Me arreé un susto...

~ ¿Sabes cómo me llamaban a mí? Porque a mi padre le llamaban el Peana. A mí me llamaban Justa la Peana, porque mi padre siempre anduvo detrás de mi madre, y la cantaba: “*Yo me acuné una cruz verde sentadito en la peana, y allí me puse a llorar la muerte de mi serrana*”. Le cantaba la peana, y la Peana se quedó.

El cante y el baile

~ Yo he vivido aquí, en el pueblo, y me lo he pasado fenomenal. A mí me gustaba mucho cantar, me gustaba el baile, me gustaba la juerga y he tenido una cabeza...

~ **¿Qué representabas?** Comedia. Todavía me la sé. Canté y bailé sola en el escenario, con una falda de vuelo y un mantón de manila, con doce años. No hay fotos de aquello. Yo oigo una canción dos veces y me quedo con ella. No están grabadas, pero me las sé. ¿Has oído tu “*Un buen juez, mejor testigo*”? ¿Y “*El Cristo de la Vera*”? Ese es un cuarto de hora recitando. ¿Y el de “*La cama de mil pesetas*”? Me sé muchos.

~ **¿Con quién compartes tú esto, con amigas, con la familia?** No... si sale en la conversación pues sí... Si había un verso bonito, me lo aprendía.

~ Yo no toco ningún instrumento, pero me gusta recitar, aunque desde que dejé de fumar ya no tengo voz. A mí

me gusta mucho la canción mejicana y española. Y a mi hijo la vocación del tambor le viene de mi madre.

- Me ha gustado mucho cantar. Y además es que las canciones, me quedaba con ellas aunque no quisiera. La oía ahora y luego se me venían a la cabeza. Tengo muy buena memoria.

El trabajo

-Desde aquí íbamos andando a trabajar a La Morcuera. Por la mañana, antes del mediodía, *andandito*, y luego por la tarde, otra vez. El camino nos llevaba casi un par de horas. Salías de aquí, de Canencia, a las seis o las seis y pico, y tenías que enganchar a trabajar a las ocho y media o las nueve. Cogieron a unos diez de aquí por lo menos. Era duro. Y bajabas por las tardes de trabajar y te estaba esperando tu madre o tu padre para ir a cavar judías o lo que tocara.

- Cuando erais chavales, ¿qué hacías durante el camino, que era tan largo? Correr. Cuando éramos chavales, unas veces correr, otras jugar, había para todo... Generalmente tenías tu cuadrilla, con quien te juntabas. Estábamos cansados de ir a trillar a la era, con las vacas, etc. Había dos ratos de trabajo: uno hasta medio día y otro de medio día hasta por la tarde. Ahí no había quien nos librara más que el rato de comer, que hacíamos un chozo con rebollos, palos y hojas.



-Esta foto es de cuando trillábamos, que a esta chica le gustaba trillar y se hicieron una foto los tres con la yunta.

- El día que más cansado me vine yo y me acuerde, tenía una suiza o dos y la yunta en el *prao*. Coge el cántaro y vete a por la yunta para

ir a arar. Tráetela desde el *prao*, que habrá a lo mejor tres kilómetros por lo menos, de allí a aquí al pueblo... el cántaro, dando vaivenes... Mete la yunta al pajar, y tras almorzar, vete al tercio de arriba, por encima de Espinete, a arar. Por la tarde se había *desgastao* la reja y me la tuve que traer auestas, con lo que pesa. La reja es como esa lengua que lleva el arao delante, de hierro, el *arao* propiamente. Cada dos días las tenía que arreglar por la noche en la fragua. Y encima como era joven, si había tres o cuatro en la familia (para arreglar), tenía que llevar todas las demás rejas también. Aquel día estaba yo... Por la tarde, de que vine al pueblo, to-

davía tuve que llevar la yunta al *prao*, ordeñar a la suiza, y llevar la leche a la casa.

- Hay anécdotas que es que no se las creen. Yo mismo, ya tenía los diecisiete años cuando fui a mi padre un día y le dije: “*Padre, mañana no voy a las vacas*”. Me ayuda a uncirlas (atarlas al yugo), y le digo: “*Bueno, pues me voy*”. Me dijo: “*¿Cómo, que te vas? Ahora me siegas los helechos, pa que no me estorben*”. Cuando me dijo eso ya le vi, que no quería que fuera yo a la feria. No quería negármelo, pero... Total, que los siego, dándome prisa, pero claro, donde los segaba, allí se quedaban. Y ya que termino de segar, le digo: “*Ya están segaos, me voy*”. “*No ahora los recoges*”, me dijo. “*Los va a recoger tu padre*” pensé yo. Salí corriendo, pero había que venir por la noche a casa luego. Llegué a las cuatro de la mañana, y me estaba esperando para cuando me echara en la cama, sobarme. Y mi madre le sujetó pero todavía me la tenía guardada. Me dice “*Bueno, pues vale. Son las cuatro. A las seis te levantas y te vas a destapar al marrano. Y a las ocho, a trabajar ocho horas*”. Eso te hacían los viejos. Era muy *pesao* antes. Te hacías duro, quisieras o no quisieras. Te advierto que en cierto modo le agradezco a mi padre que fuera tan duro conmigo, porque yo me marché de aquí a los veinte años y tenía que ventilarme la vida solo en Madrid. Y yo me la he *ventilao*, gracias a Dios.

- Nosotros tenemos anécdotas sin parar exactamente. ¿Tú sabes dónde está Navacerrada, has ido? Te haces a

la idea de la distancia que hay de aquí a allí? Pues yo he venido desde allí a aquí, un día de la Ascensión, a bailar, atravesando el pinar de Rascafría, como los monos, colgándome por los pinos, y luego por el monte *p'arriba*. Desde Navacerrada puerto. Y dejar el baile, cambiarnos de ropa, e irnos desde aquí a Miraflores, andando otra vez. Cuando llegamos a Miraflores no dábamos por nuestra vida nada... ¡¡unas ampollas!! Nos caímos allí en una acera y allí nos quedamos fritos. Menos mal que el tío del camión sabía que éramos nosotros y nos despertó para llevarnos allá otra vez a Navacerrada, a trabajar ocho horas de hormigón.

- Yo estaba todo el día con la guadaña. Y éste ha estado a lo mejor algún año en la mata. ¿Sabes lo que es la mata? Entonces había dieciséis o diecisiete tranzones, y la mata es lo que se cortaba: un tranzón, una parte, una suerte, que se cortaba para el pueblo. Se abría para cortar todos los años.

- Ahí no tenías otra cosa que comer: garbanzos por la noche, garbanzos por la madrugada y garbanzos por el medio día. Y a dormir en una cabaña. O en una casilla. Tuve suerte y a mí me tocó en una casilla del valle de Bustarviejo, pero los jóvenes teníamos que ir de *motriles*. Como eras nuevo, tenías que hacer tu trabajo y además cocer esos garbanzos, o sea, que la semana que te tocaba, te tenías que estar toda la noche pendiente para que los garbanzos estuvieran por la madrugada para desayunar. Luego te los llevabas a donde estabas

trabajando. Mientras estabas trabajando, pendiente de la lumbre para que cocieran al medio día. Comías, y otra vez por la tarde a cocerlos, para por la noche cenar. Es la vida, ¿entiendes? Una noche se nos prendió la casilla, por la lumbre. Estaba Julián Calero de pinche, y claro, para que no se apagara la lumbre, la cargó, echó mucho. Eran unas casillitas bajas, la ripia (el techo) estaba *tostá*, y fíjate, vimos cómo cayó la chispa en todo el techo y salió ardiendo. Valentín y yo, el de Bailes, tirando enseguida del saco de garbanzos para sacarle, y las mantas, y todo. Y el cabrito del Peralta, estaba de mayoral. Se salió fuera de la casilla y se puso a rezar: *“Ay Dios mío que no sé qué...”*. Cogí una estaca y le dije: *“¡Ponte a coger unos cubos de agua para apagar esto, déjate de rezar, payaso!”*

~ Una vez estaba yo de vaquero con las vacas. En los meses de marzo y abril iba yo con las vacas que había en casa, que se guardaban en la dehesa y en los *praos*. Y estábamos tu primo Julito y yo, que habíamos ido a por uralitas a la Cachiporrilla. En donde Calderón de la Mata del Maíllo, hicimos un chozo. Bueno, el chozo lo tenían ellos hecho de Gargantilla, y pusimos las uralitas encima. Se lió a llover y metimos leña, y claro, venga a meter leña hasta que se empezaron a calentar las chapas y empezaron a saltar. Tu primo Julito decía: *“¡¡Los perros, las mantas, las mantas!!”*. La uralita salía ya hecha ascuas al suelo.

Anecdotario de Canencia

- Lo que hemos *pasao*. Todas estas cosas no se las cree la gente. Dicen: “*Éste está gilipollas...*”. Son cosas que han pasado y hemos vivido. Otras personas habrán hecho otras cosas. Esto no es quitarle mérito a ellos, porque si ellos hubieran vivido las mismas circunstancias que nosotros, se hubieran tenido que adaptar igual que nosotros lo hicimos. Esto no lo hace nadie por aprecio.

- Yo a los doce años dejé de ir a la escuela. Más o menos los de nuestra edad, hemos vivido de lo mismo: a trabajar, unos en una cosa, otros en otra. Se sembraban unos años muchas patatas y es que se vivía de las patatas. Se cogían a lo mejor un millón de kilos de patatas. Venían camiones y se las llevaban.

- Aquí toda la vida se ha vivido de la ganadería y la agricultura.



- ¿Conocéis a algún carbonero o habéis sido carboneros vosotros? Yo tenía un tío que tenía tres carbonerías en Madrid. Venía aquí, cortaba (roble) y lo hacía carbón.

- Yo recuerdo que cortamos (roble) los de Lucía, y luego lo quemó Matesanz. Era gente que sabía. Sí, porque no sabía quemarlo todo el mundo. Aquí había personas, como Ramón, que quemaba. Había unos cuantos. El tío Morete, el tío Aire, el Matesanz, Julián el de la Lumi... Había unos cuantos que sabían. Se hacía la cuadrilla para cortar esa mata, los fabriqueros, y entre ellos iba uno que hacía de mayoral. Para los hornos hay que ir dándolos cuidado. Si se hacen botones o rotos por donde sale el humo, por abajo se hacen bufardas, para que entre aire... Hay que colocar bien al principio.

Momentos felices

- Tenéis recuerdo del trabajo, del cansancio,... ¿Y los momentos felices?

- Aquí había más de ciento treinta o ciento cuarenta mozos, y dos salones de baile. Iban las mozas y los mozos. Unos a uno, otros a otro, y llenaban los dos salones que había. Y a lo mejor cualquier día, sin ser día de fiesta, también se juntaban. Hay una fuente ahí, que el agua viene de la reguera, y como no había agua en las casas, venían las mujeres a por agua todas juntas. Se juntaban tres o cuatro mozas y los mozos acudían. Había un caño, y un pilón, y allí iban los mozos a sentarse,

Anecdotario de Canencia

y decían: “¡Venga, vamos a echar un baile!”. Como eran dos o tres chicas y dos o tres chicos, pues ¡Hala, a bailar! Como no costaba... Se bailaba con el organillo. Entonces llegabas, y estaba la manivela allí, y se ponía cualquiera a dar a la gramola. Aunque trabajábamos, a nuestro modo, nos divertíamos, y bastante. Éramos felices. Había algunos que siempre se emborrachaban, que encima te hacían reír luego. Entonces no había más que vino (para beber).

~ En la siega ibas a afilar las hoces, y echabas un trago de porrón o bota o botella o lo que tuvieras. Un trago de agua, y a segar otra vez. Hasta que se desafilaban las hoces.



Anecdotalario de Canencia

~ Es que no te vayas a creer, que empezabas a segar, te subías *p'arriba* a la siega, y hasta que no acababas, no bajabas. Te tirabas los siete, ocho o diez días o quince, los que hicieran falta, por allí.



~ Yo he ido mucho a por el heno, me he caído mucho del carro. Cuando apretaba la hierba, me caía, y otra vez me subía arriba.

~ Me acuerdo muchas veces de llevarle la comida a mi padre y a mi hermano. Yo que iba a la escuela, porque todavía era pequeño.

~ Cuando mejor se pasaba era en la matanza. O cuando dos se casaban, que venía toda la familia, los hermanos, con todos los chicos, y los primos. Los chicos no hacían nada, pero como se hacía lumbre, se freían patatas.

Anecdotario de Canencia

-Como ya habrás oído, *“Hay tres días que relumbran como el sol: Jueves Santo, Corpus Cristi y el día de la Ascensión”*. Pero luego se cambió por el otro. El día de la Ascensión era un día de fiesta grandísimo. Caía siempre en jueves, y el Jueves Santo igual. El día del Señor aquí se hacen los arcos, y es cuando se hace la comunión. Y se hacían los arcos, se iba con la procesión y se pasaba por debajo. Aquí se hace uno a la entrada para la comunión.

- Antes el ayuntamiento tenía una lista de todos los mozos, y nombraba arqueros, campaneros, de todo... Cada uno de los mozos hacía su función. Los arcos se hacían tres: uno en el ayuntamiento, otro en las escuelas y otro allí abajo en la plazuela.

La nieve

- Las cosas gustan porque no se sufren. Es que ahora tener un huertito de capricho no es el tener que trabajarlo por obligación hasta las tantas. Es lo mismo que la nieve: si hubieran estado en la nieve como nosotros de chavales, hasta aquí (señalando la cintura) todo el día metidos, pues ya verían como no iban a la nieve. A mí no me llama la nieve. Pero claro, como ven la nieve tan bonita para ir a disfrutarla, pues sí, está bien.

- Aquí yo me acuerdo de dos años, haber ido todos los mozos del pueblo a abrir pasillo con palas. Toda la carretera hasta el empalme, porque no había máquinas ni

nada. Hacíamos dos rodadas, para si alguno se ponía malo o algo, que pudiera entrar en coche, que si no, no podía entrar. ¡Meses enteros! El puerto se tapaba en diciembre. Íbamos bastante gente a trabajar a Miraflores ya. Fue cuando empezaron a hacer hoteles allí, y venía un camión a por ellos. Se cerraba en el mes de noviembre o diciembre y hasta abril no podían volver. También para que entrara el coche de línea. Entonces había coche de línea, porque no había coches aquí.

~ Y toda la gente del pueblo, ¿se ponía a palear? Todo el que podía. ¡Y hasta a buscar un avión!

Historia del avión caído

~ Una vez se perdió un avión y hubo que ir toda la gente del pueblo a buscarlo. Cayó por Rascafría. Esto sería... tenía yo diecisiete años, así que calcula... en el 56, o algo más tendría yo. Año 56, 55 por ahí...

~ Aquí salió mucha gente. Unos se fueron por los reajos, otros por la parte de arriba, otros por la dehesa... porque no sabían en dónde había caído. Cayó en Rascafría... en Cabeza de Hierro, en La Morcuera.

~ Lo encontraron los de Rascafría. Y cuentan que los del avión los recibieron con pistolas, porque sospecharían de algo, porque creerían que iban a robarlos. Imagínate en un campo que no conoces, que no ves más que nie-

ve... porque ahí donde cayó no se veía *ná* más que cerros y nieve. Pues imagínate la psicosis que les entraría.

- **¿De dónde era el avión?** Sería de Madrid, porque perdieron el contacto al pasar Somosierra. Contactaron con él, pero a partir de ahí perdieron la señal.

- **¿Y hubo supervivientes?** Sí. Tocó de frente contra una sierra. Y me tocó en la brigada más tonta.

- **¿Y vosotros fuisteis a ver ese avión en persona?** Yo no lo fui a ver, a mí me tocó ir a buscarlo en la brigada más tonta que me pudiera tocar. Me tocó la que recorrió todo, toda la protección. Los demás llegaron a encontrarle.

- De aquí no lo vería nadie, porque de aquí se fue a buscarle mi hermano, que tiene cuatro años más que yo, y fue por los reajos y por el pinar nuevo. Se meterían hasta así (señalándose la cintura).

- Pues iría conmigo. No, no: hasta así no (señalándose la cintura), hasta así (señalándose la cabeza). Nos hundíamos en los piornos, nos hundíamos hasta así y teníamos que sacar las manos *pa* que nos sacaran. Unos ratos unos adelante y otros ratos otros, a turnos, *pa* poder ir aguantando. Y menos mal que llegamos al puerto, donde había habido otra brigada. Salimos por aquí, dando la vuelta por todo el cerro, y caímos al puerto. En el puerto ya encontramos las huellas de otra brigada. Avanzábamos unos diez o quince pasos, unos delante

con garrotas, llevando toda la nieve por el cuerpo, y tenía que pasar otro, y así... Si no nos juntamos con ellos, no llegamos al pueblo. No te puedes imaginar.

-Hubo otro avión años después que se metió en La Cabrera por un collado. Venía una teniente. Aunque eso fue otro avión, no es éste de Rascafría.

- **¿Qué os ponías (para estar en la nieve)?** La ropa que llevábamos siempre, entonces no había más. Después ya había zajones, de material, de cuero. ¿Sabes lo que son los zajones? Lo que llevan ahora mismo los rejoneadores, las delanteras esas de cuero. Fue lo primero que empezaron a usar los pastores para ir a las ovejas, *p'ál* agua.

- Antes, con las ruedas de los coches, se hacían albarcas y con lañas... Con lañas, que algunos iban con los nudillos llenos de sangre, porque segaban y se rozaban.

- Estas historias la juventud no se las cree. Dicen que les cuentas otra historia. Es que la vida aquí ha sido muy dura. No son historias monumentales, pero son vivencias, que las hemos vivido todos.

UN AVION MILITAR SE ESTRELLÓ ENTRE LOS PUERTOS DE REVENTON Y MALAGOSTO

Hasta Rascafría logró llegar, herido, el único superviviente de los cinco tripulantes que ocupaban el aparato

A ULTIMA HORA DE LA TARDE DE AYER FUERON LOCALIZADOS LOS RESTOS DEL AVION

La nieve y el viento han obligado a alazar hasta esta mañana los trabajos de rescate de los cadáveres

El martes, a las ocho y media de la tarde, llegaron a nuestra Redacción las primeras noticias relativas al accidente de aviación ocurrido a unos tres o cuatro kilómetros de Rascafría, en plena Sierra, en un paraje situado entre el puerto del Reventón y el de Malagosto, donde se había estrellado un avión "Junker 52" de la base de Getafe, que salió de Valladolid una hora antes. En el aparato iban cinco tripulantes, de los cuales sólo se ha salvado el brigada D. Andrés Blanco Guijarro.

Las víctimas son los tenientes pilotos don Juan Bertrán Argüelles y D. Arsenio González Fernández; el sargento mecánico D. Luis Sánchez Vázquez y el cabo de primera, de "radio", D. Carlos Bautista Blázquez, cuyos cadáveres fueron localizados anoche, junto a los restos del avión siniestrado, por una de las patrullas que salieron en su búsqueda.

Inmediatamente después de tener noticia de lo ocurrido, A.B.C. envió al lugar del suceso al redactor D. Manuel Menéndez-Chacón y al redactor gráfico don Manuel Sanz Bermejo. A continuación publicamos la crónica transmitida ayer desde Rascafría por nuestro enviado especial:

EL RELATO DEL SUPERVIVIENTE

Rascafría 21. (Por teléfono, de nuestro enviado especial, Manuel Menéndez-Chacón.) La primera noticia que aquí se tuvo del suceso la trajo ayer, a las seis y media de la tarde, el brigada piloto D. Andrés Blanco Guijarro, que se presentó en la primera casa que encontró del pueblo. Había caído la noche cuando se alejó de los restos del aparato, y atraído por las luces, llegó a Rascafría. Entró en la vivienda del peón caminero Nemesio Blas Ruiz, y un

hijo de éste, ante la prisa del maltrecho aviador por comunicar telefónicamente a sus superiores lo ocurrido, le acompañó a una tienda de ultramarinos del vecino de este pueblo D. Francisco Béjar, y desde allí dió cuenta el Sr. Blanco Guijarro a la Guardia Civil y a la base aérea de Getafe, a la que pertenecía el aparato siniestrado, de lo ocurrido.

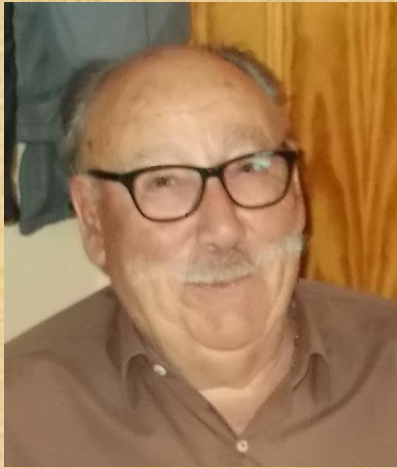
Seguidamente, fué trasladado al Ayuntamiento, donde le prestaron asistencia el médico titular, D. Angel González, y el practicante, D. Emilio Durán.

Suponía el brigada que sus cuatro compañeros de tripulación habían perecido. Al menos durante el tiempo que él trató de prestarles auxilio ninguno dió señales de vida. Explicó que, convencido de que todos eran cadáveres, los cubrió con la seda de los paracaídas, que llevaban en el avión, y salió en busca de lugar habitado. Como ya se estaba haciendo de noche, no le fué difícil llegar aquí, a Rascafría, guiado por las luces, si bien el mal estado del terreno, encharcado por las incesantes lluvias, y el estar él herido en una pierna, hicieron doblemente penosa su marcha.

El avión, un "Junker 52", matrícula 35-223, de la unidad denominada "35 Ala de Transporte" había salido de Getafe en cumplimiento de un servicio semanal de estafeta, con escalas en Valladolid y Zaragoza. No pudo llegar a esta última capital a causa del mal tiempo y obligado por las desfavorables condiciones meteorológicas regresó a Valladolid. A las cuatro de la tarde despejó del aeródromo vallisoletano de Villanueva para regresar a Getafe.

Una hora más tarde volaba en la vertical de la tierra sobre una base de nubes a más de 3.000 metros de altitud. Una fuerte corriente de aire descendente (lo que en jerga aeronáutica se denomina "un chupón") hizo

(...)

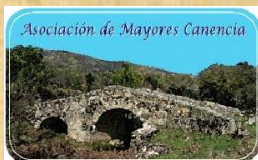




Participan y colaboran:



Ayuntamiento de Canencia



La Cachiporrilla

**HERMANDAD
STA Mª DEL CASTILLO**

Proyecto financiado por:



Programa de Desarrollo Rural de la Comunidad de Madrid 2014-2020.